

—Escucha, bien mío—dijo sentándose á su lado en la hierba y tomando de nuevo la mano de la joven entre las suyas:—mi amor no puede ya contenerse con una fría é interrumpida correspondencia; mi corazón, abrasado en la voraz pasión que me inspiraste desde la primera vez que te vi, desea más; es preciso que si me amas te decidas á ser mía, que seas mi esposa.

—¡Octavio, Octavio!—gritó la joven, torciendo con desesperación sus blancas manos.—¡Eso no puede ser!... Jamás consentirá mi tía en esa unión, porque...

Su voz se ahogó de repente, como si no tuviese fuerza bastante para acabar de expresar su pensamiento.

—¡Acaba... acaba!...—exclamó Octavio afectando una dolorosa impaciencia.—Di de una vez que te has estado burlando de mi cariño; di que no me quieres, que nunca me has querido.

—¡Ingrato!...—balbuceó entre sollozos la desdichada Evangelina.—Ten piedad de mí... y no aumentes con tus injustas palabras las penas que por ti estoy sufriendo.

—Pues habla... bien mío... dime, ¿por qué te niegas á unir tu suerte á la mía?

—Ya que es preciso confesarlo todo, sabe que mi tía se opone á nuestro amor, porque dice que has llevado una vida desordenada, y que es imposible que me hagas feliz.

Octavio aparentó quedar anonadado; pero, en realidad, estaba estudiando qué debía contestar para desvanecer una sospecha que, arraigada en el corazón de Evangelina, hubiera podido echar por tierra todos sus planes.

La inocente niña creyó haberle herido con demasiada crueldad, y estrechó sus manos llorando sin consuelo.

—¡Perdóname, por Dios!—exclamó.—¡Ahora daría mi vida por haberte evitado el dolor que deben haberte causado mis palabras; pero era forzoso que supieras el motivo en que se funda la oposición de mi familia!

Octavio levantó la cabeza; su hermosa boca estaba entreabierta por una amarga sonrisa, y su mirada era tan triste y dolorosa que quebrantaba el corazón.

Mas de súbito animó la fisonomía del conde una expresión de reconocimiento.

—No, Evangelina, no—dijo apretando la mano de la joven;—la revelación que acabas de hacerme ha sido un bien para mí; vale más que haya sabido la verdad para que pueda hablarte con la franqueza y sinceridad del hombre honrado... Mi vida se ha deslizado en el torbellino del mundo que ha consumido una gran parte de mis riquezas; el resto de mi caudal—prosiguió bajando la voz, como si esta confesión afectase profundamente su delicadeza—ha servido para

favorecer á ingratos que se decían mis amigos mientras viví en la opulencia y que me abandonaron cuando me hubieron despojado hasta de la fe del corazón. Desesperado huí del mundo y vine á sepultarme en el fondo de esta aldea, resignado á morir, ya que no con la tranquilidad del justo, al menos lejos de los hombres que llenaron de hiel mi alma.

El conde sostuvo su frente como agobiada por sus tristísimas memorias, mientras Evangelina juntaba sus manos con una expresión adorable de pasión y de candoroso asombro.

—Pero desde el momento que te vi — prosiguió Octavio — advertí que la paz renacía en mi alma y que se abría ante mi vista un porvenir risueño y lleno de ventura; mi pecho, destrozado por largos y crueles desengaños, recobra á tu lado la calma y en ti veo ahora, mi adorada Evangelina, el ángel de salvación que Dios me envía para librarme de los tormentos del infierno, á los cuales me condenó la fatalidad.

—¡Octavio! — tartamudeó la inocente Evangelina, enjugándose las lágrimas que bañaban sus mejillas.

—Mira, bien mío — continuó el conde, que veía en el enternecimiento de la joven una ocasión favorable que debía explotar en su provecho. — Mira, Evangelina, tu amor fortalece mi espíritu y hace renacer en mí la afición al trabajo; yo

trabajaré día y noche para ti, y te prometo, si no la opulenta suerte que podía haberte ofrecido hace dos años, al menos una medianía tranquila, que mi cariño convertirá en un encantado paraíso.

—¡Oh, Dios mío! — gritó Evangelina elevando al cielo sus azulados ojos con inefable gratitud. — ¡Gracias, gracias por haberme hecho rica!...

—¡Qué... qué dices!... — exclamó el conde aparentando la más refinada sorpresa. — ¿Tú eres rica?

—¡Sí, sí, muy rica, y, por lo tanto, no debe apurarte nuestra suerte futura!

—¡Ay, desdichado de mí! — murmuró Octavio levantándose y ocultando con las manos su semblante.

Cuando las separó dejó ver sus facciones alteradas con tan intenso dolor, que la joven retrocedió asustada.

—Ahora comprendo que es forzoso separarnos, Evangelina — dijo con voz ahogada y temblorosa; — ¡tu familia tiene razón... no debes casarte conmigo... no... porque yo soy pobre!...

Un ahogado sollozo pareció desgarrar la garganta del conde; no obstante, el que hubiera podido contemplar el sombrío fondo de su alma hubiera visto rielar en él un rayo de gozo.

—¡Adiós, sueños de ventura! — prosiguió. —

¡Adiós, Evangelina... hoy me alejaré de ti para siempre... y la muerte...!

—¡Qué dices! ¿Morir? Octavio, ¡no me condenes á tan cruel martirio!...

—Yo no debo aspirar...

—¡Pero es que yo te amo, te adoro, Octavio!...

—¡Será posible!... Cielo santo, ya que me has arrebatado mi fortuna, ¿por qué me arrebatas también el dulce consuelo de trabajar por este ángel?...

—¡Pero si yo quiero salvarte de la pobreza!... Octavio, ¡yo no consentiré en separarme ya de ti, ahora que sé que eres desgraciado!... Yo te creía rico y feliz, y si esto hubiera sido verdad, quizá el agradecimiento que debo á mi familia hubiera sofocado el amor que te tengo; pero al saber que sufres nada ni nadie me separará de tu lado... Sí, sí, Octavio, á todo estoy pronta.

Un rayo de alegría iluminó los negros ojos del conde; mas la inocente niña no pudo columbrarle y sólo leyó en ellos la expresión del dolor más amargo.

—¡Imposible — exclamó con vehemencia — imposible, Evangelina! ¡Antes morir mil veces que exponerme á los insultos de tu familia, de la sociedad entera!

—¡Pero qué! ¿Acaso no tienes en nada á mi amor? ¿No has oído, Octavio, que te he dicho

que te adoro?...—observó la joven con un acento de angélica ternura, que hubiera conmovido el alma más endurecida.

Octavio, para dar más apariencia de verdad á sus postizas emociones, se había levantado, como hemos indicado; Evangelina se había puesto también en pie y tenía cogidas sus manos mirándole con expresión de amoroso y lastimero ruego.

A oír las postreras palabras de la joven, el conde la contempló durante algunos segundos, como si vacilase ante aquella amorosa súplica. De repente fijó sus ojos en el fondo del jardín y exclamó:

—¡El jardinero se acerca, adiós, Evangelina!

—Pero no me dejes sin asegurarme que renuncias á morir.

—¿Y me amarás siempre?—la preguntó Octavio.

—Sí.

—¿Y te decidirás á unir tu suerte á la mía?

—Sí...—balbuceó la pobre niña con los ojos arrasados de lágrimas y después de hacer un heroico esfuerzo.

Las facciones de Octavio retrataron entonces la lucha desesperada que al parecer tenía lugar en su alma; luego miró de nuevo al jardín y exclamó con voz sofocada y como cediendo á un impulso irresistible:

—Pues bien, tu amor ha vencido, Evangelina; Roberto te entregará más tarde una carta mía; por ahora temo que nos sorprendan; procura volver pronto á la quinta. ¡Adiós!

En seguida besó la mano de la joven y se separó de ella precipitadamente.

Evangelina se internó en el jardín, pero no encontró al jardinero y creyó que se habría alejado sin ver á Octavio.

Entre tanto el conde se dirigió al tronco del árbol que estaba próximo á la tapia y desató de él á un brioso potro cordobés, sobre el cual montó con ligereza.

Entonces dejó escapar una estrepitosa carcajada y exclamó con un acento de alegría imposible de pintar:

—¡He triunfado!... ¡Esta noche la deposito y mañana será mi esposa!... ¡Mañana también se abrirán de nuevo para mí el mundo y sus placeres!

Esto diciendo dió un latigazo á su fogoso corcel, que tascó el freno y partió como un relámpago con dirección á la aldea, envolviéndose en una densa nube de polvo.

.....

Al salir del caserío para regresar á su casa en compañía de Adoración y don Anselmo vió Evangelina abierta todavía la puerta del bosquecillo.

Los ojos de la joven se fijaron en el sitio en que había encontrado á Octavio; las flores que había cogido para su tía, y que en su sorpresa al ver al conde se habían escapado de sus manos, yacían en el suelo marchitas ya y descoloridas.

Evangelina, con ese instinto fatalista de todas las almas tiernas, se estremeció sin comprender la causa al ver abandonado al pobre ramo; pero bien pronto el entusiasmo ocupó de nuevo su alma ardiente y generosa.

—¡Yo le salvaré de la pobreza, yo le haré feliz!—murmuró.—¡Gracias, Dios mío, por haberme dado para él riquezas y amor!

Mas al doblar el sendero no pudo menos de volver la cabeza para dirigir una última mirada á las pobres flores. ¡Ay! Aquel ramo marchito era el emblema de sus esperanzas, y por eso tenía para ella esa invencible atracción que ejerce en los mortales cuanto constituye la imagen de su destino.

X

A los pocos instantes de llegar á la quinta se hallaban Evangelina y Adoración en el cuarto de la primera para dar lección de música; la joven huérfana, que había logrado hacerse una profesora consumada en tan divino arte, se constituyó en maestra de su prima, del mismo modo

que de todas las labores propias de su sexo.

—Siéntate al piano, Adoración—dijo Evangelina—mientras voy á la sala de labor á buscar tu bordado para componerlo.

La niña se arrojó al cuello de su prima y la besó mil veces con los ojos arrasados en llanto.

—¡Dios mío, qué buena eres, Evangelina, y yo qué mala!—exclamó después enjugándose con su pañuelo las lágrimas.—¡Siempre estoy causándote pesares, y tú nunca te quejas!... ¡mira—continuó—creo que si algún día te separas de mí me voy á morir de pena!

La joven volvió á otro lado la cabeza para ocultar á los ojos de Adoración una gruesa lágrima que temblaba en la rizada franja de sus pestañas; acababa de recibir una carta de Octavio en la cual le decía que estaba decidido á que su enlace se verificase muy pronto, y que en el término de aquel día, ó lograba su mano por el consentimiento de su familia, ó debía abandonar la casa de su tía para ponerse ambos bajo el amparo de las leyes.

—Acércate, por Dios, al piano—dijo haciendo un penoso esfuerzo para serenarse—si mi tía no te oye extrañará que no estudies hoy y entrará á indagar la causa.

Al concluir de pronunciar estas palabras salió del aposento presurosa y se dirigió á la sala de labor para dar libre curso á su llanto.

Sus ojos se extendieron melancólicamente por el jardín y acariciaron á cada uno de sus árboles, de sus flores; luego se elevaron al cielo, y dos raudales de lágrimas inundaron sus mejillas.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó.—¡Estas son las horas postreras que paso en esta casa, asilo tranquilo y hospitalario de mi infancia! ¡Cuando la noche tienda sus sombras dejaré de verle para siempre!

Una súbita reflexión la hizo levantar estreme-cida; en la carta que Roberto le había entregado le advertía Octavio que no faltase á las seis en la verja del jardín, donde él mismo pondría en sus manos otro billete participándole el resultado de su petición y su resolución definitiva. ¡Ay, la pobre Evangelina sabía demasiado bien cuál sería el éxito y la resolución que debía seguirle, y por eso se despedía con tanto dolor de los árboles y de las flores de su jardín!

Tomó al fin la caja que contenía el bordado y se dirigió á su cuarto, donde Adoración, sentada al piano, repasaba una canción francesa. Evangelina acercó una silla á la ventana y se sentó, empezando á zurcir con el mayor esmero las heridas que habían hecho las tijeras en la batista.

Aquella ocupación volvió á traer el llanto á sus ojos; ¡era el postrer servicio que prestaba á aquella niña que tanto la amaba y á quien ella

quería con tanta ternura! ¿Quién la libraría en adelante de la cólera materna? ¿Con quién jugaría, con quien había de charlar ya la pobre Adoración? Evangelina era también casi una niña, y su corazón juvenil se oprimió dolorosamente al pensar en que iba á separarse de la compañera de su infancia y quizás para no volver á verla jamás.

El ruido que produjo la puerta al abrirse la sacó de sus tristes meditaciones, y se apresuró á enjugar sus lágrimas; pero tembló y quiso ocultar presurosa el bordado que tenía en las manos, al ver que la persona que apareció en el umbral era su tía, cuya penetrante mirada se fijó con preferencia en los ojos enrojecidos de la joven; sentóse enfrente, ocupando el otro lado de la ventana, y antes que Evangelina pudiese cubrir la batista con su pañuelo la tomó en la mano, mirándola con atención.

—¡Ya tenemos otra gracia de la señorita!— dijo, fijando una severa mirada sobre la pobre Adoración, que, trémula y confundida, había dejado de tocar;—si yo lo hubiera sabido antes ya te hubiera dejado ir á paseo con don Anselmo esta tarde; pero no importa, yo sabré poner coto á tus descuidos.

—¡Tía mía!...—se atrevió á murmurar Evangelina.

—¡Mamá!—exclamó la culpable con voz afi-

gida y juntando las manos—¡perdóname! Se me cayeron sin querer las tijeras y...

—¡Basta!—interrumpió severamente doña Catalina.—Vaya usted a encerrarse en su cuarto, señorita, y hasta que yo la mande salir permanezca en él.

Adoración bajó la cabeza y, humilde como un corderillo, fué llorando á cumplir la penitencia que su madre le había impuesto.

Cuando hubo desaparecido clavó la señora de Sandoval sus grandes ojos negros en el semblante de su sobrina, que seguía trabajando para ocultar las huellas de su reciente llanto, y la contempló en silencio durante algunos segundos.

—Tú has llorado demasiado hoy, Evangelina, para que puedas trabajar—dijo desprendiendo el bordado de las manos la joven;—deja la labor y escucha, porque es muy importante lo que tengo que decirte.

—Hable usted, tía mía—murmuró Evangelina con voz trémula, porque el instinto de su corazón le anunciaba con harta claridad lo que doña Catalina quería decirle.

Esta se levantó, fué á cerrar la puerta, y volviendo á sentarse enfrente de su sobrina, tomó una de sus manos.

—Tú sabes, hija mía—dijo con el acento grave y dulce que le era habitual;—tú sabes cuánto te amo y hasta qué extremo me intereso por tu

felicidad; desde que perdiste á los autores de tus días decidí ser para ti una buena madre, y á tu conciencia apelo para que digas si he cumplido bien exactamente los deberes de tal.

—¡Oh, sí, usted ha sido para mí la mejor y más cariñosa de las madres!—exclamó la joven besando con efusión la mano de su tía.

—Tú, por tu parte, hija mía, has sido también la mejor y más cariñosa de las hijas, la hermana más dulce y tierna de Víctor y de Adoración; tú has sido mi orgullo y mi delicia, hasta el día en que un sér arrojado de la sociedad se atravesó en tu camino y robó á tu familia el cariño que la debes...

Los ojos de la señora de Sandoval lanzaron, al decir estas palabras, una mirada de enojo á la pobre niña, que, llorando desconsoladamente, sólo pudo murmurar:

—¡Oh, no, tía mía, yo les amo á todos como siempre!

—Mi objeto ahora—repuso doña Catalina—es precisamente el convencerme de ello; vengo á rogarte, Evangelina, en nombre del amor que nos debes á mis hijos y á mí, que olvides á un hombre indigno de poseerte, y en el caso de que conozcas que tu corazón es débil contra el poder de su seducción, á notificarte que voy á guardarte en los claustros de un convento hasta que esa funesta pasión se haya extinguido para siem-

pre, ó al menos, hasta que seas mayor de edad y puedas obrar con cálculo y reflexión.

Calló la señora de Sandoval, esperando la respuesta de la joven, pero esta sólo podía sollozar amargamente.

Doña Catalina continuó, sin soltar la mano que tenía entre las suyas:

—Tú sabes, hija mía, que nada te he dicho jamás del amor leal y noble que has inspirado á Víctor; él mismo, por un efecto natural de su delicadeza, lo ha guardado cuidadosamente en el fondo de su alma al saber que eras rica, y, por lo tanto, debo suponer que me harás la justicia de creer que al oponerme así á los planes de ese hombre no me guían miras interesadas, y que sólo me mueve el anhelo de tu felicidad; reflexiónalo con madurez, Evangelina: yo me he informado por mí misma del hombre á quien vas haciendo dueño de tu corazón, con la irreflexión propia de tu edad, y sé que carece de todo sentimiento noble, que la sociedad lo ha arrojado de su seno, y que sólo anhela engañar tu inexperiencia para evitar con tu fortuna la miseria que le amenaza y que es el justo castigo de una vida de desórdenes.

En cuanto á mi hijo, Dios sabe que mi más ferviente deseo era unirte á él si hubieras seguido siendo pobre y desvalida como lo eras cuando yo te abrí mis brazos; pero tu riqueza

puso una barrera entre los dos, barrera que luego ha hecho insuperable tu malhadada pasión.

La señora de Sandoval pasó su pañuelo por sus ojos humedecidos; su corazón de madre se desgarraba al pensar en la dicha que su hijo perdía, y quizás este pensamiento tenía no pequeña parte en su aversión hacia el conde.

En aquel momento dieron un golpecito á la puerta, señal que anunciaba siempre á la tía Damiana, y un instante después entró ésta con una carta en la mano.

—Acaba de traerla—dijo—ese criado de la Casa Verde, que lleva una chaqueta con faldones y pantalón negro, como don Anselmo cuando va á misa mayor.

Doña Catalina tomó la carta, dirigiendo á Evangelina una mirada profunda.

—Dice que su amo espera la contestación antes de la noche—añadió la tía Damiana, saliendo del cuarto y cerrando la puerta tras sí.

La señora de Sandoval pasaba ya sus ojos por la carta, que estaba escrita en elegante y perfumado papel; á medida que iba leyendo contraía sus labios una sonrisa de desprecio que daba á su semblante una expresión muy marcada de desdeñoso triunfo.

En aquella carta se le pedía la mano de Evangelina en los términos más delicados y expresivos.

—Léela tú—dijo al concluir, presentándola á la joven, que la recorrió maquinalmente con estraviados ojos.

—Voy á contestar—añadió doña Catalina recogiendo de manos de Evangelina cuando ésta hubo concluido y sentándose delante de un pequeño velador, encima del cual había un sencillo pero elegante recado de escribir de porcelana para el uso de la joven.

Y con mano rápida trazó las líneas siguientes:

«Señor conde de San Telmo: No puedo acceder á la *súplica* de usted concediéndole la mano de mi sobrina, por tener acerca de ella otras miras que creo conveniente reservarme.

»Soy, señor conde, de usted atenta servidora.—
CATALINA RIVERA DE SANDOVAL.»

Cerró en seguida la carta, la puso el sobre escrito y agitó la campanilla, cuyo sonido atrajo á la tía Damiana.

—Que vaya inmediatamente Francisco á llevarla á la Casa Verde—dijo doña Catalina.

La anciana salió con tanta velocidad como sus piernas la permitían, y la señora de Sandoval contempló un instante con una mirada de compasión á Evangelina, que lloraba silenciosamente.

—Consuélate, hija mía—dijo enjugándola las lágrimas con su pañuelo y besándola con cariño—yo te ayudaré á vencer ese fatal amor.

Doña Catalina dejó sola á la pobre niña, que cayó de rodillas ante una imagen del Crucificado, pidiéndole valor para el amargo trance que le aguardaba.

XI

Eran las ocho de la noche y se hallaban reunidos en el salón de la Casa Blanca que ya conocemos la señora Sandoval, Evangelina, don Anselmo y Víctor. Adoración seguía reclusa en su cuarto.

Doña Catalina y don Anselmo jugaban al tute; la joven bordaba en su tapicería y Víctor leía una novela de Jorge Sand, alzando frecuentemente la cabeza para mirar la rubia y hermosa de su prima.

Al oír la primera campanada de la hora, dejó Evangelina su bordado y salió de la sala siguiéndola Víctor con una mirada llena de amor.

La joven pidió una luz á la tía Damiana y se dirigió á su cuarto; una vez allí se dejó caer en un sillón de cerda oscura que estaba colocado delante de la mesa de su tocador, y dió rienda suelta á su llanto. Mas la pobre niña hacía ya tantas horas que lloraba sin intermisión, que bien pronto la fuerza misma del dolor secó sus ojos.

Su doliente mirada recorrió uno por uno to-

dos los objetos que la rodeaban; su lecho cerrado y cubierto por blancas cortinas, la mesita de altar colocada junto á él, que sostenía un crucifijo de yeso, una virgen de madera, dos vasos con flores silvestres, únicas que brotan en Febrero, y los libros devotos donde rezaba sus oraciones de mañana y noche; luego miró su tocador guarnecido de cortinas de gasa bordadas por su mano; los cuadros que ella había dibujado; su piano cargado de la música que ella prefería; su pequeño bufete, regalo de don Anselmo, donde éste la había enseñado á traducir el francés; su velador, que sostenía un lindo almuerzo de china regalo de su tía, y, por último, su canario, dormido en su jaula dorada y objeto de su más tierna predilección.

Para cada uno de aquellos objetos tuvieron su corazón y sus labios un tierno adiós: luego, como si desease cobrar valor, sacó de su seno una carta que leyó rápidamente; era la que Roberto la había entregado á las seis de aquella tarde, y en la cual la participaba el conde que á las ocho de la noche irían los representantes de la ley á sustraerla de la tiranía de su familia. Octavio, con ese tacto exquisito del hombre de mundo, la daba valor y la prometía una vida entera de felicidad y de ternura ilimitada.

La lectura de esta carta reanimó, en efecto, el ánimo abatido de la joven; entró en su alcoba

y cambió su traje blanco por otro de seda negro, envolviéndose en una manteleta, para ver si desaparecía el temblor que agitaba todos sus miembros, y que ella creía efecto de frío, aunque no era otra cosa que una violenta convulsión nerviosa producida por los dolorosos combates de aquel día.

No bien había concluído de vestirse sintió abrir suavemente la puerta, y la linda figura de Adoración apareció en el umbral.

—Te he oído aquí, Evangelina, y vengo á darte un beso antes de acostarme—dijo abrazando á su prima; pero como en aquel instante se apercibiese del traje que llevaba Evangelina, añadió:

—¡Dios mío! ¿Adónde vas?

La joven, por toda respuesta, sentó en sus rodillas á la inocente reclusa y besó sus cabellos y su frente.

—¡Ah, lloras! ¿Qué tienes? ¿No quieres decirme? Vamos, ¡por Dios, dime lo que te pasa!... ¡Me das tanta pena!...

Y Adoración pasó una punta de la manteleta de su prima por sus ojos, preñados de lágrimas.

En aquel instante se oyó el rumor de un coche, que cesó al pararse á la puerta de la quinta. Evangelina se levantó y estrechó en sus brazos á la pobre niña, que lloraba.

El estruendo que produjo la puerta al abrirse

hizo alzar á entrambas la cabeza, y vieron en ella á Víctor, pálido y tembloroso, y á doña Catalina, cuyo rostro pintaba la indignación más viva.

Más al encontrar á Evangelina vestida de negro, toda la cólera de la señora de Sandoval cedió ante un dolor inmenso; rompió á llorar amargamente y se dejó caer sobre una silla, exclamando:

—¡Con que es verdad!

—¡Perdóneme usted!... ¡Oh! ¡Perdón, tía mía!...—exclamó la joven cayendo de rodillas á los pies de la acongojada señora, y besándola las manos, que ella no pensaba en retirar.—¡Perdón si no he podido vencer este amor, más fuerte que mi voluntad!...

Después se acercó á Víctor con mayor firmeza y se arrojó en sus brazos, mientras que Adoración, ignorante de lo que aquello significaba, la miraba atónita.

Pero cuando Evangelina la oprimió contra su seno murmurando entre sollozos la palabra *¡adiós!*, un rayo de luz iluminó su imaginación infantil, y al salir la joven se lanzó en pos de ella gritando entre gemidos:

—¡Evangelina, Evangelina, no te vayas!... ¡No te separes de nuestro lado! ¡Yo seré buena!... ¡Sí, seré muy buena, para no darte más pesares!... ¡Vuelve, por Dios!...

Doña Catalina, que, con Víctor, había seguido á la afligida niña, recogió á ésta en sus brazos. Evangelina clavó en aquel grupo desolado una mirada de ternura y de dolor, y subió al coche acompañada de un juez y de un escribano, que iban á depositarla en un convento de Pamplona hasta el día de su casamiento.

Cuando el coche, próximo á desaparecer, salía de la aldea, doña Catalina y sus hijos alzaron al cielo una mirada ardiente, como para recomendarle la suerte de la ingrata que les abandonaba.

—¡Dios mío, protégedla!—exclamó la señora de Sandoval.

—¡Virgen Santísima, que vuelva pronto!—gritó Adoración llorando y elevando al cielo sus manos juntas con un ademán sublime de inocente y fervoroso ruego.

—¡Adiós para siempre, sueños de felicidad!—murmuró Víctor doblando su cabeza sobre el pecho con amargo y profundo abatimiento.

Y el carruaje se perdió entre las tinieblas de la noche.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

PARTE SEGUNDA

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La dama del gran mundo.

.....
¡Ay, que en la sociedad
cada hora abre una tumba
y hace verter una lagrimal!
(CHATEAUBRIAND.—Renato.)

I

En un suntuoso gabinete, y á eso de las diez de una noche de Enero de 1844, se encontraban un lacayo vestido con calzón corto, media blanca de seda, zapato con hebilla y amplio casacón azul galoneado de oro, y una linda joven que, á juzgar por la elegancia de su traje, parecía una gran señora, pero que hasta el observador más topo hubiera dicho que era una camarera al reparar en el pequeño delantal que llevaba, de raso color de cereza, guarnecido de encaje negro.

Nada más hermoso y aristocrático que aquel gabinete; las paredes, vestidas de una tela de raso azul de cielo, recamada de diminutas flores, de un azul más oscuro, armonizaban perfectamente con la sillería del mismo color y con la